

los cuales él conoció y trató familiarmente), al fin desta historia escribe tambien la vida de unas vírgines santísimas, y en cabo dellas dice así: Muchas otras vírgines hay imitadoras destas sanctas, de las cuales unas abrazan la vida solitaria, y otras escogieron vivir en compañía, y están á veces doscientas y cinquenta juntas, otras veces mas, y otras ménos: las cuales tienen de estatuto dormir sobre unas esteras, y comer un mismo manjar, ocupando las manos en la lana, y las lenguas en las alabanzas divinas. Y hay innumerables monasterios destes, no solo en nuestra region, sino tambien en todo el Oriente, y dellas está lleno Palestina, y Egipto, y Asia, y Ponto, y Cilicia, y Siria, y la tierra que está entre los dos rios, y la parte del mundo que se llama Europa. Porque despues que el Salvador nació de madre virgen, luego se multiplicaron los frescos prados de la virginidad, que llevan estas hermosísimas flores, que nunca se marchitan. Todas estas son palabras de Teodoreto, el cual (demás de ser la persona que era, de tanta sanctidad y autoridad) no podia en cosa tan notoria decir lo que no era; porque luego todo el mundo lo desmintiera. Ni tampoco en Italia faltaron muchos sanctos varones cuyas vidas y milagros escribe Sant Gregorio en los cuatro libros de sus diálogos: el cual fué muchos años despues de Teodoreto. En lo cual todo vemos cuánto floreció la sanctidad en todas las partes del mundo: el cual ántes de la venida deste Señor era un muladar sucísimo, y una sima de todos los vicios y carnalidades que se pueden imaginar.

§ VII.

Conclusion deste capitulo.

Pues concluyendo esta materia, digo que siendo la hermosura de una ánima justificada tan admirable (como hemos declarado), y siendo tan grande el número de las ánimas que por la sangre del Cordero fueron hermoeadas; y siendo tan admirable la mudanza de una vida fiera y bestial en esta celestial y divina, se ve claro cuán grande maravilla haya sido hacerse esta tan gran mudanza en el mundo, y cuán bien empleado fué todo lo que el Hijo de Dios por esta causa padesció. Porque claramente nos consta que él padesció por hermoear tantas ánimas, por sanctificar su Iglesia, por fundar este reino de virtudes, por criar esta nueva república en el mundo, por ordenar este coro de cantores y cantoras (que perpetuamente alabasen á su Criador), por poblar aquellas sillas desiertas del cielo, y juntar una capilla de ángeles y hombres angélicos, que con unas mismas voces alabasen al comun Señor; y finalmente por declarar por este medio la omnipotencia de su gracia, que fué poderosa para hacer de la tierra cielo, y de la carne espíritu, y de las serpientes ángeles. ¿Quién pues no tendrá por bien empleada la muerte de aquel grano de trigo que cayó en la tierra (c), del cual han brotado tantos y tan hermosos pimpollos de sanctos y sanctas, cuantos ha habido en el mundo; y que un solo día de trabajo en que el Salvador padeció, fuese causa de poblarse toda la eternidad de tan gran número de sanctos? Ciertamente ninguna mayor gloria podemos dar á la inmensa bondad de Dios, que haber sido ella causadora de tan grandes bienes. Y aunque fuera menor el número de los escogidos, era muy conforme á la inmensidad desa bondad hacer por los pocos lo que hizo

(c) Joan. 12.

por los muchos. Porque no se estiman las cosas por el número, sino por el precio, y valor, y dignidad dellas; pues vemos cuánto mas vale un poco de oro fino, que mucho de otros mas bajos metales, y una piedra preciosa, que muchas de las otras comunes.

Mas no piense nadie que en solas estas tierras susodichas florecia desta manera la sanctidad; porque en todas las tierras y naciones del mundo obraba lo mismo la virtud de la sangre de Cristo, aunque en diferente manera. De lo cual es argumento clarísimo la muchedumbre de mártires que en todas las tierras del imperio Romano (que ocupaba casi todo el mundo) padecian. Los cuales no pudieran sufrir tantas crueldades y invenciones de tormentos con tan admirable constancia, si no estuvieran muy fundados en fe, y caridad, y en toda virtud, como arriba dijimos.

Pues por esta historia, y por otras semejantes entenderemos con cuánta razon dijo el Apóstol (d) que venia á predicar al mundo las inestimables riquezas de Cristo, para significar la magnificencia de Dios, y la superabundancia gracia que se dió á los hombres por el mérito de aquel summo sacrificio que se ofreció en la Cruz, por el cual en tiempo de los apóstoles se daba tan barato el Espíritu Sancto á los fieles, que con poner las manos encima dellos, hablaban en diversas lenguas, y profetizaban. Y por esta tan extraña mudanza que el mundo hizo despues de la venida del Salvador, se entienden aquellas profecías de Esaías que arriba alegamos: en las cuales dice que en este tiempo los montes bravos y tierras estériles se mudarian en vergeles delectables, y los árboles silvestres en fructuosos, y que las bestias fieras se amansarian, y los dragones y aves-truces glorificarían á Dios, y que en los páramos y sequedades nascerian rios y fuentes de agua que los harían fértiles y fructuosos: declarando por estas metáforas la abundancia de la gracia, y la mudanza que el mundo hizo en la vida de Cristo, como arriba se dice.

Algunos rastros y memoria desta antigua religion se hallan agora en tierras de bárbaros. Para lo cual no dejaré de contar aquí lo que refiere el conde del Carpió en favor de las religiones, escribiendo contra los que las abaten.

Dice pues él que llegando una flota del rey de Portugal á las gargantas del seno de Arabia, un monje anciano, padre de mas de tres mil monjes, que á la sazón estaba en aquella costa, viendo la señal de la Cruz en lo alto de las gavias, y entendiendo que aquella flota era de cristianos, hizoles señal, significándoles que les queria hablar; y despues de muchas palabras, y muchas lágrimas que él derramó por ver gente cristiana, dióles un libro de oraciones que traia consigo, para que lo ofreciesen al summo pastor y vicario de Cristo. El cual libro fué enviado á Roma, y entregado al embajador de Portugal, que era entonces D. Miguel de Silva, para que él lo presentase á su Sanctidad. El cual libro tuve yo en mis manos, y revolvi sus hojas.

Esta historia refiere el autor susodicho. Por lo cual se ve que hasta nuestra edad, aun entré gente bárbara se hallan rastros de aquella antigua manera de religion que floreció en muchas partes del mundo, especialmente en Egipto, Palestina, Grecia y en otras semejantes, de que están llenos los libros de muchos graves autores. Y aun en los tiempos de Sant Gregorio

(d) Ephes. 3.

Papa, que son mas vecinos á los nuestros, florecieron muchos sanctos varones en esta misma manera de vida: cuyas virtudes y milagros escribe el mismo Sant Gregorio en los cuatro libros de los Diálogos que escribió de los sanctos varones de Italia.

Y en nuestros tiempos, donde, como el Salvador profetizó, está la caridad tan resfriada (e), no faltan en todas las partes de la cristiandad, así en las religiones como fuera dellas, así en el estado de los casados como de los continentes, muchas personas las cuales viven con gran pureza y simplicidad, empleando todos sus cuidados y pensamientos, y todos sus propósitos y deseos en el amor y temor de su Criador, y en la guarda de sus sanctos mandamientos. Esto baste para declaracion de la tercera hazaña que el Salvador habia de obrar en el mundo: el cual no siendo ántes conocido ni servido mas que en solo aquel rincón de Judea, dilató este conocimiento, y reformó las costumbres bárbaras y bestiales de los hombres en todas las partes del mundo.

CAPITULO XIII.

De la cuarta hazaña que se habia de seguir despues de la muerte del Salvador: que fué el castigo famoso de los que se la procuraron.

La cuarta hazaña muy pública que se habia de seguir despues de la muerte del Salvador, es el castigo y la venganza famosa que se habia de tomar de los que procuraron su muerte: la cual así como fué por el mayor pecado que se cometió en el mundo, así fué la mayor y mas universal de cuantas se han visto despues que Dios crió el mundo; porque fué asolar y destruir totalmente aquella república tan señalada, y reino tan antiguo, que comenzó setecientos y diez y ocho años ántes que Roma se fundase, como escribe Sant Augustin (a). La cual república con su templo tan famoso, y tan celebrado entre las gentes, y con su reino y sacerdocio, nunca mas hasta hoy fué restituida. Esto profetizó con palabras clarísimas Daniel (b): el cual acabando de decir que despues de sesenta y dos semanas (que son semanas de años, como luego declararemos) sería muerto Cristo, añade luego la pena deste pecado, diciendo: *Y la Ciudad y el santuario destruirá el ejército con el capitán que vendrá sobre ella; y despues del fin de la batalla será la Ciudad destruida y asolada; y esta destruicion durará hasta el fin*: que es perpetuamente.

La misma destruicion por la misma culpa profetizó y vió en espíritu Esaías (c): el cual, despues de aquella tan magnífica vision (en la cual vió á Dios asentado en un trono muy alto, acompañado y alabado de serafines), dice que le mandó Dios ir á denunciar á su pueblo que se habia de cegar su corazón, y cerrarse sus oídos, y escurecerse sus ojos; y que así no se habia de convertir á Dios, ni ser oído del. Y lastimado el profeta con esta tan triste embajada, preguntó á Dios: *¿Hasta cuando, Señor, ha de durar esa ceguedad? Respóndele Dios: Hasta que sean asoladas las ciudades, y queden sin sus moradores, y las casas sin hombres, y la tierra quede desierta*. Hasta aquí son palabras del profeta. Y que esta destruicion habia de ser perpetua, como agora lo es, declarólo mas adelante en el cap. xxv, donde hablando con Dios, dice así: *Señor, tú eres mi Dios, ensalzarte*

(e) Matth. 24. (a) August. lib. 18 de Civ. Dei, cap. 22.

(b) Dan. 9. (c) Esai. 6.

he, y alabaré tu nombre; porque has hecho maravillas, y puesto por obra lo que mucho ántes tenias acordado. Porque heciste de la Ciudad una sepultura de muertos; y la Ciudad fuerte quisiste que fuese casa de extrangeros, y que eternamente nunca mas fuese reedificada. Por esto te alabaré el pueblo fuerte, y la Ciudad de gentes robustas te temerá. Por las cuales gentes el profeta entiende el pueblo de la gentilidad, que despues desta venanza vendria al conocimiento del verdadero Dios. La misma destruicion profetizó tambien en pocas palabras David en el salmo 68, donde entre otras calamidades que habian de suceder á este pueblo, dice: *Sea su habitacion desierta, y no haya quien habite en sus moradas*.

Y aunque estas profecías den claro testimonio desta destruicion, pero muy mas claro es el de nuestro Salvador: el cual como verdadero Dios (á quien solo pertenece saber las cosas que están por venir), profetizó con piadosísimas lágrimas la extrema calamidad de la ciudad de Hierusalem (d).

Vistas las profecías que denunciaron el castigo de la muerte del Salvador, síguese que tratemos de la cualidad y grandeza deste castigo.

Servirá esta materia para cuatro cosas. La primera para gloria de Cristo; porque tanto es mayor su gloria, cuanto el desacato cometido contra su Majestad fué castigado con mayor pena. La segunda para que los que aun están ciegos (si del todo no estuvieren obstinados) abran los ojos, y por la grandeza de la pena conozcan la gravedad de la culpa. La tercera, para que aquellos á quien nuestro Señor tuvo por bien traer al conocimiento de la verdad, y encorporar en su Iglesia, y hacerlos participantes de la gracia del Evangelio, se confirmen mas en la fe, y reconozcan y agradezcan al dador de todos los bienes este summo beneficio. Y cuanto esta historia fuere mas triste, tanto les será materia de mayor alegría; porque en ella tendrán (demás de lo dicho hasta aquí) otra nueva confirmacion y testimonio de la verdad de la fe, la cual cuanto mas crece, tanto crece mas la paz y alegría de la buena consciencia, que son compañeras de la viva y perfecta fe. Y lo cuarto, por aquí conocerá el discreto lector cuánta sea la severidad de la divina justicia, y con cuánta razon dijo el Apóstol (e) que es cosa terrible caer en las manos de Dios vivo.

Y porque la lición desta historia sea mas fructuosa al cristiano lector, doile este aviso, que cuando fuere espantándose de tantas y tan extrañas calamidades como aquí verá, vaya tambien espantándose de la severidad de la justicia divina contra los pecados: no solo contra el que se cometió en la muerte del Salvador, sino tambien contra aquellos que, como dice el Apóstol (f), lo vuelven cada día á crucificar con sus pecados, sabiendo contra quien pecan. Porque aquellos miserables y ciegos que crucificaron al Salvador, no conocian quien era. Porque, segun dice el Apóstol (g), si este conocimiento tuvieran, nunca crucificaran al Señor de la gloria. Mas nosotros conociéndolo, y adorándolo, y habiendo visto la gloria de sus triunfos, y siéndole en tan grande cargo por el beneficio inestimable de nuestra redempcion, nunca cesamos de crucificarle cada día con nuestros pecados. Por lo cual nosotros tambien tenemos razon para temer el rigor desta justi-

(d) Luc. 19. (e) Heb. 10. (f) Heb. 6. (g) 1. Cor. 2.

cia; porque aunque no crucificamos á este Señor con clavos, crucificámosle con nuestras malas obras, y con impedir el fruto de su redempcion con el ejemplo de nuestras malas vidas. Estos son los frutos que se han de sacar desta lición. Pero el mas principal es confirmacion de la verdad de nuestra fe. Porque realmente, despues del testimonio de las profecías y de los milagros, uno de los mayores argumentos desta verdad es este tan extraño y tan espantoso castigo; y mas en un pueblo tan escogido de Dios, tan favorecido y tan amado; y sobre todo durar las reliquias deste castigo hasta el dia de hoy. Pues como el fruto desta lectura sea tan grande, no me extrañará nadie haberme alargado algun tanto en esta materia; porque nuestro Señor sabe que esta sola ha sido la causa.

Para tratar este argumento, de que estos cuatro bienes resultan, primeramente se ha de presuponer que todas las calamidades que en este mundo suceden á los mortales, no vienen á caso, sino encaminadas por la providencia de Dios, que gobierna con summa igualdad y justicia todo lo criado. Y así dice él por Esaiás (h): *Yo soy el Señor que formé la luz y crié las tinieblas: que hago la paz y crío el mal: yo soy el Señor que hago todo esto.* Y el profeta Amós dice que no hay mal en la ciudad que no venga por mano de Dios (i). Entiéndese mal de pena, no de culpa; porque deste no es Dios autor. Y dice: *En la ciudad*, para comprehender los males comunes de ciudades y reinos; porque estos siempre vienen por pecados. Mas los particulares (como fué la ceguedad de Tobías, y los trabajos de Job) no fueron por pecados, sino para materia y muestra de su virtud. Conforme á esto tambien leemos en el libro de Job (k), *que ninguna cosa se hace en el mundo sin causa, y que no nace el dolor de la tierra*, esto es, de solas causas humanas; porque de todo es principio la causa primera. Quien destes azotes enviados por pecados quisiere ver mucho, lea el capítulo xxviii del Deuteronomio, y verá ahí castigos que le pongan admiración. Este sea el primer presupuesto.

El segundo es, que como Dios sea la misma rectitud y justicia, siempre proporciona el castigo con el pecado cometido: de modo que por los grandes pecados da grandes castigos, y pequeños por los pequeños; guardando él la ley que puso á los hombres cuando mandó que conforme á la medida del delicto fuese la del castigo (l). Desto, entre otros muchos ejemplos, tenemos dos en dos entradas que hicieron dos reyes en Hierusalem con mano armada. El uno fué Sesac, rey de Egipto (m): al cual no consintió Dios hacer mucho estrago en la ciudad, porque (como dice el texto) había muchos buenos en aquel reino, y no estaba muy estragada la religion. El otro fué Nabucodonosor (n), rey de Babilonia, en tiempo que totalmente estaba apagado el culto divino, y reinaba la idolatría con todas las abominaciones que andan en su compañía. Porque en este tiempo ordenó la divina justicia que viniese este rey contra la Ciudad; y que así como no había en ella cosa sana, así no dejase en ella cosa entera, sino que toda ella fuese arrasada y puesta por tierra. Y así conforme á la grandeza de la culpa vino á ser el castigo della. Presupuestos estos dos principios, comencemos á tratar de las grandes calamidades que la ciudad de Hierusalem con toda su provin-

(h) Esai. 45. (i) Amos. 3. (k) Job. 5. (l) Deut. 25. (m) 2. Par. 12. (n) 4. Reg. 24.

cia y gente padesció despues de la muerte del Salvador. Y para que esta historia mejor se entienda, repartirla hemos en tres partes. En la primera trataremos de las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem; y en la segunda de la destruicion della; y en la tercera de las que despues della se han seguido.

Mas las calamidades que entrevinieron así ántes de la destruicion de Hierusalem, como en ella y despues della, fueron tales y tan increíbles, que si no fuera el historiador de tanta autoridad, y mas testigo de vista, que á todo se halló presente, no se pudieran creer. Este historiador fué Josefo, de nacion y profesion judío; y fué uno de los mas raros hombres de su edad en elocuencia, en prudencia, en ciencia de las Escrituras; y sobre todo esto fué un muy valeroso capitán, pues siendo gobernador de la provincia de Galilea, defendió la ciudad de Jotapata á todo el poder de los romanos por espacio de cuarenta y siete dias: despues de cuya destruicion, muertos todos los hombres de valor, fué solo él guardado por una maravillosa providencia de Dios, para que escribiese esta historia; porque nadie la pudiera escribir, ni con mas verdad, ni con mas elocuencia, ni mas sin sospecha que él. Porque si el autor fuera cristiano, pudieran algunos sospechar que en favor y venganza de la muerte de Cristo, encarecía ó fingía algo de lo que escribía: mas no lo era; porque él mismo se da á conocer en el principio de su escritura por estas palabras (o): Josefo, hijo de Matafías, ciudadano y sacerdote de Hierusalem, que en la primera conquista peleó contra los romanos, y en la segunda tambien (á mas no poder) me hallé presente. Hállase tambien que el dicho varón no solamente fué señalado entre sus naturales, mas tambien entre los romanos fué en mucho tenido. Porque por corona de sus letras le pusieron su estatua en la ciudad de Roma, y mandaron poner sus escrituras en la librería pública, las cuales fueron muchas y de grande autoridad.

Mas al principio será necesario avisar al lector, que el que quisiere saber esta materia de raíz, recurra á los siete libros que este historiador escribió della; porque yo aquí no haré mas que apuntar brevisamente lo que él trata muy por extenso como ello pasó, sin añadir palabra: como se verá en la fuente de donde esto manó.

CAPITULO XIV.

De las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem.

Las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem comenzaron dende el tiempo de Pilato, que fué juez en la muerte del Redemptor. Porque no quiso la divina justicia que se dilatase mucho el castigo deste pecado, sino que luego comenzase, y que poco á poco procediese aquella república de mal en peor por sus pasos contados. Pues este Pilato determinando traer agua á la Ciudad de un largo trecho (que era de treientos estadios), quiso aprovecharse del sagrado tesoro del templo. Por lo cual se levantó un grande alboroto entre la gente, la cual con grandes quejas y clamores pretendía estorbar este agravio. Mas el Juez, entendiendo lo que había de ser, mandó á sus soldados que se metiesen entre la gente del pueblo, disimulando sus personas con hábito popular, llevando juntamente con las armas paños debajo de la ropa, y que cuando él hiciese señal, hiciesen con los paños á cuantos pudiesen; y desta manera

(o) In Prol. libror. de bello Judaico.

los soldados mataron á palos á muchos, y otros huyendo y apretándose unos á otros, y cayendo unos sobre otros, fueron miserablemente ahogados y muertos.

Tras desta calamidad se siguió otra no menor. Porque muerto el emperador Tiberio, sucedió Cayo: el cual de tal manera se desvaneció con la prosperidad de la nueva dignidad, que se mandó intitular dios, y poner sus estatuas en todos los templos del imperio romano entre los otros dioses. Y sabiendo que solos los judíos no habían querido admitir en su templo la estatua dél, envió á Petronio con tres legiones de soldados, y muchos otros de Siria, á que por fuerza de armas pusiese su estatua en el templo de Hierusalem, y matase á todos cuantos le contradijesen, y captivase á los demas. Pasáronse en esta recuesta entre el Capitán y el pueblo que resistía, cincuenta dias, siendo tiempo de la sementera, sin hacer los hombres nada, sino insistir y resistir á aquella blasfema petición. Finalmente, despues de muchos clamores y alteraciones dijeron los judíos que ellos ofrecían cada dia sacrificios por la salud del César; pero si él quería introducir su imagen en el templo, primero había de sacrificar á ellos, y á sus mujeres y hijos, ántes que tal consintiesen. Viendo esta determinacion el Capitán, movido á compasion volvióse con su ejército, no sin temor de perder él la vida por perdonar á la de los otros. Mas atajólo Dios con la muerte de Cayo, el cual primero que supiese el caso murió; habiendo este nuevo dios imperado solos tres años.

Signióse luego otra calamidad en tiempo del emperador Claudio, que sucedió á Cayo. Y fué, que habiendo venido gran número de gente á Hierusalem á celebrar la Pascua, y siendo costumbre asistir allí estos dias los soldados para acudir á cualquier ruido que entre tanta gente se levantase, un soldado desvergonzado, vueltas las espaldas al pueblo, levantó deshonestamente las faldas, diciendo palabras conforme á esta desvergüenza. Viendo esto algunos mancebos del pueblo, comenzaron á alborotarse y tirar piedras á los soldados; y recelando el presidente, por nombre Cumanio, que todo aquel ímpetu y furor del pueblo podía cargar sobre su persona, mandó acudir mucha gente armada. Lo cual viendo los del pueblo, comenzaron á huir con tanta priesa por diversas partes, que apretándose unos á otros, y cayendo unos sobre otros, vinieron á morir diez mil hombres; con cuya muerte el alegría de la fiesta se volvió en llanto, porque en cada casa había lágrimas y gemidos por sus muertos. Esta misma calamidad cuenta Eusebio en la historia Ecclesiástica.

No faltaron otras maneras de calamidades levantadas por malicia de hombres engañadores: los cuales so color de religion intentaban novedades, y juntando consigo el vulgo liviano, sacáronlo al campo, haciéndole creer que Dios les daría señales de libertad. Y porque esto era como un seminario de rebelion, el presidente de Judea, llamado Félix, envió contra ellos gente de pié y de caballo, con que los destruyó. Pero mayor engaño fué el de un egipcio nigromántico, que decía ser profeta: el cual juntó consigo treinta mil hombres, y sacándolos tambien al campo, pretendía entrar por fuerza en la ciudad, y hacerse señor della; el cual tambien fué desbaratado por los romanos, y presos muchos de los que le seguían, y los otros huidos. Ni faltaron entre estas calamidades ladrones y robadores que so color de libertad corrian toda la tierra, robando las casas de los ricos y

poderosos, y pegando fuego á muchos lugares, y alborotando toda la tierra de Judea.

Despues destes se levantó otra tempestad en Cesárea, sobre cuya sería aquella ciudad; porque ella antiguamente era de gentiles, mas habíala reedificado Heródes. Y esta cuestion fué de tal manera creciendo, que procedió hasta las armas; por donde hubo muchos reencuentros, y muchos muertos de parte á parte. Mas el presidente ya dicho, echó fuera de la ciudad los rebeldes, y mató muchos de los que no le quisieron obedecer.

§. ÚNICO.

Tiránias de los jueces del imperio romano que permitió Dios por aquel tiempo, y principio del rebelion.

Y porque ningun linaje de calamidad faltase á aquella miserable gente, permitió la divina justicia que los presidentes que habían de gobernar la República, y mantenerla en paz y justicia, fuesen los mas crueles tiranos y robadores de toda la tierra. Uno de los cuales fué Albino, en el cual ninguna especie de malignidad faltó; porque todo su estudio ponía en robos y cohechos, y imposiciones de muchos tributos, vendiendo la justicia por dinero; de modo que solo el que lo tenía era inocente, y solo el que dél carecía era culpado. Y conociendo algunos de los poderosos de Hierusalem que querían alterar el estado de la República, y intentar novedades, que este juez por todas las cosas pasaria á trueque de dinero, untáronle muy bien las manos, para que cuando ellos alterasen el estado de la República, él disimulase, y los dejase pasar adelante. Los cuales con esta seguridad andando por la ciudad acompañados con sus aliados, entendían en robar las haciendas de los que menos podían, y los tristes de los robados callaban, porque mas no podían; y los que no lo eran, de miedo daban dineros á los que merecían crueles castigos. A lo cual todo disimulaba el bueno del Presidente, porque el dinero le había cegado los ojos, y enmudecido la lengua, y atado las manos, para que ni viese, ni hablase, ni hiciese lo que era obligado.

A este presidente sucedió Gestio Floro, el cual sobrepusó tanto en las tiránias y maldades á su antecesor, que le hizo parecer bueno en comparacion suya. Porque el antecesor secretamente y con engaños robaba; mas éste públicamente y gloriándose dello hacia lo mismo; el cual ningun género de robo ni de crueldad dejó de ejecutar en la gente miserable, siendo con los pobres y afligidos cruelísimo, y con los deshonestos y torpes desvergonzadísimo. Porque no hubo hombre que mas impugnase la verdad con falsedades, ni que mas artes inventase para dañar. Y parecíale poco repartir los robos y cohechos por cabezas, sino robase públicamente las ciudades y provincias. De modo que no le faltaba mas que dar pública licencia por palabras, que todos robasen, con tal que partiesen parte del robo con él. Finalmente, tal fué su avaricia, que los moradores de la provincia desampararon sus tierras, y se fueron á morir á otras.

Mas porque referir en particular todas las tiránias, injusticias, engaños, robos, crueldades, y matanzas deste cruelísimo carniceiro (que la divina justicia permitió tener señorío en aquella tierra) será cosa muy prolija, solamente diré que entendiendo este tirano que si fuese acusado ante el Emperador por sus robos,

sería gravemente castigado, tomó por medio hacer tantos y tales desafueros y agravios al pueblo, y derramar sin propósito tanta sangre de inocentes y de nobles, que el pueblo irritado con tantas maneras de injurias viniese á rebelar contra el imperio romano, pareciéndole que con este color quitaria de sí la invidia y odio de su culpa, haciendo creer que sus agravios habían sido castigos de aquella rebelion. Desta manera la divina Providencia (á quien todas las cosas sirven, sin saber que le sirven) permitió que se diese principio á la rebelion de los judíos contra los romanos; la cual fué causa de asolarse todo aquel reino en venganza de la muerte del Salvador, segun estaba profetizado.

Y sobre todos estos agravios y crueldades hizo dos entradas en la ciudad de Hierusalem, que tenia á su cargo, y no como pastor, sino como lobo robador entró con gente de guerra, y dió licencia á los soldados que robasen cuanto habia en la plaza, y matasen á cuantos encontrasen. Habida esta licencia, no se contentaron los soldados con lo concedido, sino pasaron adelante, robando todas las casas de las personas ricas y poderosas; y prendiendo muchos de los nobles, que tenían privilegio de ciudadanos romanos, los presentaron á Floro, el cual contra este privilegio no solamente los azotó, mas también con furor de bestia fiera los mandó crucificar. Y el número que aquel día fueron muertos con sus mujeres y hijos (porque ni aun á los niños de teta perdonaban) fueron seiscientos y treinta.

Otra entrada hizo no ménos cruel que esta, usando de un grande engaño, con que pretendia provocar los ciudadanos á algun ruido, para que con este achaque sus soldados diesen en ellos. Con esto murieron muchos, y otros queriendo escapar de aquel peligro, huían con tanta priesa por unas puertas estrechas, que unos á otros se ahogaban y mataban, y los muertos quedaban de tal manera desfigurados, que no los conocian sus parientes cuando los buscaban para enterrar.

Estas matanzas y crueldades dieron principio á la rebelion de la gente contra los romanos; y no solo á esto, sino también á guerras civiles mas crueles y sangrientas que las de los mismos romanos. Porque los mancebos atrevidos y revoltosos fueron los que primero tomaron las armas contra los romanos; mas el pueblo y la gente noble, viendo el peligro en que se ponía la República, contradecian á estos alborotadores con cuanta fuerza podian. Y así se revolvió entre unos y otros una civil batalla que duró por espacio de siete días: en la cual murieron muchos de los unos y de los otros, cuyo número no se cuenta. Y pidiendo unos soldados romanos (que ayudaban la parte del pueblo) á los revoltosos que les dejasen salir en paz, ellos les otorgaron esto con solemne juramento; mas al tiempo de la salida lo quebraron, matándolos cruelmente; y esto en día de sábado, en que los judíos aun de las buenas obras cesan. Por el cual pecado, dice Josefo que mas era ya para temer la venganza divina que la guerra de los romanos.

Ya de aquí adelante, comenzado el levantamiento, siguiense crueldades sobre crueldades, robos sobre robos, muertes sobre muertes, incendios sobre incendios, y tantas maneras de calamidades, que si no fuera tan abonado el cronista que las escribe, parecieran increíbles; mas no lo serán á quien conociere la causa dellas, que fué la venganza de la muerte indignísima del Salvador. Porque pecado tan grande y tan extraordinario

no podia dejar de ser castigado con penas extraordinarias y nunca vistas. Porque en el mismo día (dice Josefo) y en la misma hora que los revoltosos quebrantaron la fe dada á los soldados romanos, en día de sábado, se levantó en Cesárea una tempestad tan cruel contra los judíos que moraban en aquella ciudad, que fueron muertos á hierro por los de Cesárea sobre veinte mil hombres: de modo que la ciudad quedó vacía de todos los judíos que en ella moraban. Y como llegase la fama desta matanza á las ciudades de Judea, juntóse gran muchedumbre desta provincia, y corrieron por toda la tierra de Siria, matando y abrasando cuantas villas y lugares pudieron. Por donde los moradores de Siria ayuntados en ejército, resistian poderosamente á los acometedores, y mataban y despedazaban muchos dellos, no solo por el antiguo odio que tenían á la nacion de los judíos, sino tambien por escapar del peligro que por parte dellos les venia. Porque ninguno otro remedio de salud hallaban sino prevenirse unos á otros, y matarlos, por no venir á manos dellos. De manera que el día se gastaba en derramar sangre, y las noches ocupaba el temor del día siguiente.

Despues desta matanza de la ciudad de Cesárea se siguió otra de los moradores de la ciudad de Scitópolis: los cuales por arte y engaño aseguraron á los judíos, y sobre seguro los acometieron de noche estando ellos durmiendo, donde mataron trece mil hombres, y robaron todos sus bienes.

De allí adelante otras ciudades, viendo los judíos rebelados contra los romanos, mataban todos cuantos moraban en ellas. Porque los moradores de Ascalon mataron dos mil y quinientos dellos; y los de la ciudad de Ptolemaida otros dos mil, y los moradores de Tiro despedazaron á muchos, y muchos mas prendieron y encarcelaron, cuyo número no se cuenta; y desta manera todas las otras ciudades de gentiles, donde tambien habitaban muchos de los judíos, parte con temor, y parte con odio se movian contra ellos, y les hacian todo el daño que podian.

Mas á todas estas calamidades hace gran ventaja la de Alejandría, en la cual moraba gran número de judíos en cierta parte de la ciudad apartada de los gentiles. Pues un día (permitiéndolo así la divina justicia) levantóse un alejandrino dando voces y diciendo que los judíos eran enemigos; los cuales volviendo por sí, se revolviéron con los alejandrinos. Y acudiendo el Presidente de la ciudad á despartirlos y poner paz, como no hubiese medio para quietarlos, envió dos legiones de soldados romanos, con otros cinco mil que habian venido de Libia, mandándoles con toda fuerza que mataban, saqueasen y quemasen las casas de los judíos. Los cuales hicieron tan grande riza y estrago en ellos, que se hallaron muertos cincuenta mil dellos, sin perdonar á niños, ni viejos, pasándolos todos á cuchillo, y haciendo nadar toda aquella ciudad en sangre de muertos.

¿Qué mas diré? Los moradores tambien de Damasco, vistos los alborotos de los judíos, y la rebelion contra los romanos, acordaron entre sí de matar todos los que moraban en aquella ciudad, y esto con grande secreto, por amor de sus mujeres que judaizaban. Y tomándolos desarmados, y desapercibidos, y sin sospecha de algun peligro, degollaron en una hora diez mil dellos. Estos eran los preludios y como víspera de los grandes males que sobre estos habian de venir. Porque como Esafías

dice (a): *Con todas estas calamidades no cesó el furor de la ira divina, sino todavía pasó adelante.*

A estas desventuras se ayuntó otra. Porque Gestio Gallo, gobernador de la provincia de Siria (donde cae Judea), sabido el levantamiento de los judíos, juntó un ejército poderoso, y tomó á la ciudad de Zabulon, y la mandó saquear, y pegó fuego á todas las casas della, que eran muy hermosas. Y de ahí envió parte del ejército á tomar á Jafa; y cercándola por mar y por tierra, fácilmente la tomó. Donde los soldados mataron los moradores della, y saquearon sus casas, y pegaron fuego á la Ciudad. El número de los muertos fué ocho mil y cuatrocientos. Y de la misma manera mataron, robaron y abrasaron todos los moradores de otra ciudad de Judea, vecina de Samaria.

Esta matanza y estrago hizo el presidente de Siria, Gestio, en estos lugares. Mas otra no menor hizo otro capitán romano, por nombre Antonio, que estaba con gente de guarnicion en la ciudad Ascalon, á la cual el pueblo de los judíos tuvo siempre antiguo odio. Por esto los levantados, que ya andaban por las tierras enemigas haciendo daño, ayuntaron un grueso ejército para dar sobre esta ciudad. Mas el capitán Antonio se dió tan buena maña con gente que tenia de pie y de caballo, que mató diez mil destos, y hizo huir los demas. Pero ni con esta herida se enflaqueció el espíritu y ánimo de los judíos. Porque otra vez volvieron con mayor ejército, y fueron otra vez por el mismo capitán romano vencidos, y desbaratados, y muertos ocho mil dellos, siendo muy pequeño el número de los romanos. Porque Dios los habia tomado por ministros de la justicia y venganza que queria hacer en aquel pueblo. Estas son las calamidades y desventuras que unas despues de otras se fueron siguiendo despues de la muerte del Salvador: ordenando la divina justicia que luego tras del pecado sucediese el castigo. Siguense tras estas otras mucho mayores, despues de la venida del emperador Vespasiano con su hijo Tito, que acudió al levantamiento del pueblo. Porque estas fueron particulares calamidades de particulares ciudades; mas las que se siguen, fueron de todo aquel reino, y de todas las ciudades dél y de la principal dellas, que fué la muy nombrada ciudad de Hierusalem.

CAPITULO XV.

De las grandes calamidades que se siguieron, despues de la venida del emperador Vespasiano, en la conquista de las provincias de Galilea y Judea.

Querer declarar en particular los trabajos y tribulaciones que los judíos padecieron despues de la venida del ejército romano á aquella tierra, es cosa que sobrepaja toda elocuencia humana, y todos los ejemplos de cuantas tragedias tristísimas ha habido en el mundo. Porque el emperador ya dicho, ántes que comenzase el cerco de Hierusalem, acordó de conquistar todas las ciudades de aquella provincia; y cada una destas ciudades fué una calamidad por sí: porque cuanto era mayor la resistencia de los moradores, tanto era mayor, despues de conquistada, la matanza, los sacos, y cautiverios y incendios della. Y porque mi intento no es escribir historia, sino declarar la grandeza deste castigo, para que por él se conozca (como tengo dicho) la severidad de la justicia divina, y la graveza del pecado porque fué ejecutada, no haré mas que apuntar el número de los

(a) Esaf. 5.

muertos en algunos destos lugares, y algunos desastres particulares que acaescieron en ellos.

Vino pues este emperador con un ejército muy poderoso. Y primero determinó conquistar la provincia de Galilea, de que Josefo, escriptor desta historia, era gobernador. Y la primera ciudad que tomó fué Gadara, donde sacados los mochachos, mató todos los demas, sin tener respecto ni compasion de nadie; y pegó fuego á la Ciudad y á cuantas aldeas habia al derredor della.

De ahí puso cerco á la muy fuerte ciudad de Jotapata, la cual defendía el sobredicho Josefo. Y despues de grandes reencuentros y baterías que duraron por espacio de cuarenta y siete días, finalmente la entró por fuerza de armas, donde sacadas las mujeres y niños, á ninguna edad perdonó. Los cautivos en esta entrada fueron mil y docientos; pero los muertos así en el tiempo del cerco, como en la entrada de la ciudad, llegaron á cuarenta mil.

Al tiempo que esta ciudad estaba cercada, puso tambien cerco sobre Jafa: en la cual despues que por fuerza la entró, tampoco perdonó á edad alguna de mozos ni de viejos, excepto mujeres y niños, que llevó cautivos. Y los muertos fueron quince mil, y los cautivos dos mil y ochocientos. Y porque pocos días despues desta matanza muchos de los levantados se acogieron á esta misma ciudad, y se hicieron fuertes en ella, otra vez el ejército romano los cercó por mar y por tierra, y peleando con ellos por ambas partes, de tal manera los desbarató, que no solamente la tierra, mas tambien la mar estaba llena de sangre y de cuerpos muertos. Y muchos hubo que por no venir á manos de los romanos, se mataron, y no se pone aquí el número de los muertos.

De ahí pasó á otra grande y fuerte ciudad llamada Taroqueas; y despues de muchos trances pasados en el cerco, finalmente la entró, y mandó matar todos los hombres viejos y flacos que en ella habia; mas guardó seis mil mozos bien dispuestos para enviar de presente al emperador Neron; y toda la demas gente, que fueron treinta mil y cuatrocientos, vendió, y otros muchos dió de gracia al rey Agripa (cuya era la ciudad rebelada) para que hiciese dellos lo que quisiese; mas él tambien los vendió.

Ni se debe aquí callar la nueva manera de calamidad que acaesció á otros del número de los que habian rebelado, los cuales se habian acogido á un fuerte castillo; mas no les valió la fuerza del lugar. Por donde viendo despues de mucha defensa que ninguna esperanza de salud les quedaba, y conociendo que los romanos á nadie perdonaban, acordaron de hacer ellos contra sí el oficio de sus enemigos, y prevenir las armas dellos. Y asentado esto, abrazándose los padres con sus hijos, y los maridos con sus mujeres, y derramando en esta postrera despedida muchas lágrimas, les metian las espadas por los cuerpos, y las mataban. Y para esta carnicería escogieron diez hombres de los mas esforzados. Los cuales, despues de muertos los otros, mataron tambien á sí mismos; y el postrero que quedó hizo lo mismo, derribándose sobre los montones de los otros muertos. Y de toda esta gente no quedaron sino dos mujeres que por dicha escaparon; y estas dieron cuenta á los romanos de lo que habia pasado.

Preguntará alguno cuál haya sido la causa porque los emperadores Vespasiano y su hijo Tito, siendo ambos muy buenos emperadores y muy clementes, mandaban

hacer tanta matanza despues de la victoria en los vencidos; mayormente no siendo los romanos crueles en sus victorias, como lo eran otras naciones bárbaras y fieras. A lo cual respondemos que así como Dios tomó á Nabucodonosor por instrumento para castigar su pueblo por sus grandes pecados, y especialmente por el de la idolatría; así tomó estos emperadores para castigo de otro mayor pecado, que fué la muerte del Salvador. Para lo cual traeré por argumento una cosa admirable que sucedió á estos emperadores en la conquista de una ciudad llamada Giscala: en cuya conquista corrió gran peligro, así el ejército romano, como la vida de su emperador Vespasiano. Porque despues de entrada la Ciudad, acogieron los defensores della á un fortísimo castillo, que estaba situado en un alto risco, cercado de muchos peñascos, y insistiendo los romanos en la tomada dél, eran tantas las piedras y saetas que de lo alto tiraban contra ellos, que recibian muy notable daño, sin poderlo hacer los romanos á sus contrarios por la altura del lugar. En este conflicto tan porfiado, dice Josefo que por la divina Providencia á deshora se levantó un tan grande viento y torbellino contra los cercados, que hacia declinar las saetas que tiraban, á un lado, sin herir á los romanos, y las de los romanos llevaba derechas y con mas fuerza á los cercados. Este milagro que aquí Josefo refiere, hizo nuestro Señor en favor del religiosísimo emperador Teodosio, peleando contra el ejército de un tiranno. Por donde con mucha razon exclamó el poeta Claudiano, diciendo: ¡Oh muy amado emperador de Dios, para cuyo socorro sacó él de las cuevas de la tierra inviernos armados; para quien militó el cielo, y los vientos conjurados vinieron á la batalla! Pues por esta maravilla declaró Dios que él era el principal capitán de los romanos, pues él hacia la guerra con el ministerio de sus vientos. La conclusion desta victoria fué, que mas crueles fueron contra sí los cercados que los cercadores: porque estos mataron cuatro mil hombres; pero los que quedaron vivos se despeñaron de aquellos riscos (por no morir á manos de los romanos), que fueron cinco mil.

Tras desta calamidad sucedió la de la ciudad de Gadera, la cual se entregó libremente á Vespasiano; mas todos los mancebos y hombres revoltosos huyeron de la ciudad, y hallando en otro lugar una gran cuadrilla de otros tales como ellos, juntaron un ejército de unos y de otros; contra el cual vino el ejército romano talando, y robando, y abrasando toda aquella tierra por donde los seguian hasta llegarlos al rio Jordan; el cual no podia entonces vadearse por ir muy crecido. Por donde á los fugitivos fué forzado pelear. En la cual pelea fueron muertos trece mil hombres de los que huian, y dos mil y doscientos captivos. Y otros muchos se echaron en el rio, y se ahogaron, y así era infinito el número de los muertos. Esta calamidad fué mayor que las pasadas, no solo por el grande estrago y matanza que el ejército hizo en todo el camino por do iba, sino tambien porque estaba detenida la corriente del rio Jordan con la muchedumbre de los muertos; y así tambien lo estaba el lago llamado Asfaltides, que confinaba con él; los cuales cuerpos pasaban adelante, y corrian tambien por otros rios. Pues ¿quién habrá que leyendo esto, y conociendo que todo esto se encaminaba por la Providencia divina, no quede espantado, y no exclame: ¡Oh justicia de Dios! oh castigos de Dios! oh venganza de Dios! ¿Quién nunca vió he-

chas represas en los rios, y grandes rios, con cuerpos de hombres muertos? ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (a), que era cosa horrible caer en las manos de Dios vivo! y con cuánta lo llamó David (b) Dios de venganzas, por razon de la severidad con que castiga los pecados! Mas tornando al propósito, acabada esta victoria, el ejército pasó adelante conquistando todos los lugares y castillos que halló; de modo que toda la tierra que está allende el rio Jordan, quedó en poder de los romanos.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Hierusalem, y de las calamidades, y disensiones, y hambres que en él se pasaron.

Declaradas las calamidades y mortandades que precedieron el cerco de Hierusalem (que es la primera parte de la division que hecimos), trataremos agora de la segunda; que es de otras mucho mayores, que entrevinieron en el cerco y conquista desta misma ciudad. Pues el emperador Tito (á quien quedaba encargada la guerra por la ausencia de su padre), conquistadas ya todas las ciudades de la provincia de Galilea con algunas otras, determinó volver las armas contra Hierusalem, y dar fin á esta contienda, poniendo cerco sobre ella, que era la cabeza del reino. Y primeramente ofreció paz y perdón á los moradores della, como lo habia hecho con todas las ciudades conquistadas, si dejasen las armas. Mas como la divina justicia queria tomar venganza de la sangre del Justo, y de los otros siervos suyos que habian sido muertos en Hierusalem (como fueron Sant Estéban, Sanctiago el mayor, y tambien el menor y Sant Matías), permitió que se cegasen de tal manera, que ni aceptasen la paz, fielmente ofrecida, ni considerasen la grandeza del ejército de que estaban cercados, ni la prosperidad y valentía de las armas de los romanos, que habian señoreado el mundo, y vencido naciones populosísimas y belicosísimas, ni echasen de ver cómo todas las ciudades de su reino habian sido entradas, saqueadas, y quemadas, y hechas sepulturas de muertos. Nada desto miraron, sino cegándolos su pecado, quisieron mas la guerra que la paz, el peligro que la seguridad, y los trabajos y pérdida que el descanso y posesion de todos sus bienes.

Las calamidades que sucedieron en este cerco de Hierusalem escribe Josefo en los cuatro postreros libros desta guerra. Mas yo no haré mas que referir aquí alguna pequeña parte dellos, y declarar cómo Dios fué el principal capitán desta guerra (como ya dije). Y para esto primeramente presupongo que Hierusalem en aquel tiempo era una de las mayores, mas ricas, mas afamadas y mas fortalecidas ciudades, y de mas hermosos edificios que habia en el mundo. Tenia en torno quasi legua y media, estaba cercada no de uno, sino de tres fortísimos muros con sus baluartes, y torres altísimas y macizas. El tercero de los cuales muros, que estaba mas dentro, tenia novecientas torres. Y en el muro mas antiguo edificó Heródes tres torres en memoria de tres personas muy amadas, conviene á saber: de un grande amigo suyo llamado Hípico, y de un su hermano llamado Faselon, y de su mujer llamada Mariamnes, y así se llamaban tambien las mismas torres. La altura della era admirable, porque una della se levantaba noventa codos en alto. Pero mas admirable era la grandeza y hermosura de las piedras de que estaban edificadas, que

(a) Heb. 10. (b) Psalm. 95.

eran de mármol muy blanco; y cada una tenia veinte codos en largo, y diez en ancho, y cinco de grueso; y tan artificiosamente juntas las piedras unas con otras, que no se parecian las junturas; y el templo era edificado destas mismas piedras riquísimamente labradas. Por donde los discípulos dijeron al Señor estando en el templo (c): Maestro, ¿mira qué piedras, y qué labores estas? El cual templo de tal manera estaba fortificado, que él era el mas fuerte castillo de la Ciudad; mas la divina Providencia encaminó las cosas de tal manera, que este templo vino á ser castillo de ladrones, los cuales robaban y mataban noche y dia los tristes moradores de la ciudad, y se guarecian y fortificaban en él. Otras cosas muchas pudiera referir de las fortificaciones, y provisiones, y abundancia de cisternas desta ciudad para no faltarles agua en tiempo de guerra; mas estas dije, para declarar cuán vanas sean las fuerzas y las esperanzas de los hombres, con todas sus armas y presidios, cuando por otra parte hay pecados. Porque habiendo estos, todas estas fuerzas y municiones para el brazo de Dios son telas de arañas: como lo muestran Babilonia, Roma, Cartago, y la desventurada Hierusalem. Finalmente el mismo emperador Tito, cuando conquistada ya la Ciudad, vió las fortificaciones della, dijo: Dios es el que ayudó á los romanos; porque de otra manera ¿qué máquinas bastaran contra tales fuerzas?

La manera en que esta ciudad fué destruida, no fué ménos digna de Dios que todas las otras obras suyas. Porque la principal parte de la guerra le hizo con sus mismos naturales. Por donde el emperador Vespasiano dilató por algunos dias la guerra, viendo lo que los mismos moradores divididos en tres bandos hacian, consumiéndose cada dia unos á otros, y haciendo mucho mayores males, que los enemigos les pudieran hacer aunque fueran muy crueles. Por lo cual dijo el Emperador que Dios hacia la guerra por los romanos; pues todo lo que ellos habian de hacer, hacian los moradores de la Ciudad contra sí.

El principio desto fué, que unos hombres malvados, revoltosos y cobdiciosos, pareciéndoles que á rio vuelto podrian medrar algo, tomaron la voz por la patria, diciendo que celaban la libertad y la honra della; por la cual causa se llamaban celotas: como si dijéramos celadores del bien comun. Estos discurren en cuadrillas armadas por la ciudad, y levantando falsos testimonios á las personas nobles y ricas, diciendo que tenian trato secreto con los romanos para les entregar la ciudad, sin mas figura de juicio, ni lugar de defensa, los mataban y robaban; dando á entender al pueblo rudo que esto hacian como celadores de la libertad de la patria, siendo los destruidores della.

En esta sazón Anano, pontífice venerable, y amator de sus ciudadanos, vistos los estragos y crueldades destes hombres perversos, ayuntó á sí el pueblo, y armándolo contra ellos, púsolos en grande aprieto. Habíase juntado secretamente con ellos un hombre llamado Juan, astutísimo y perversísimo; el cual persuadió á los celotas que llamasen para su socorro á los idumeos sus vecinos, informándolos falsamente que el pontífice Anano tenia tratos secretos con los romanos, y que por esto los tenia puestos en aprieto, por ser ellos defensores de la libertad. Lo cual denunciado por dos astutísimos embajadores que para esto escogieron, los idumeos sin mas exá-

(c) Marc. 15.

men de la causa, creyéndose de lijero, juntaron veinte mil hombres, y vinieron en socorro de su metrópoli, que era Hierusalem. Mas la divina justicia, que peleaba contra aquel pueblo, ordenó que la noche que los idumeos llegaron á la Ciudad, se levantase una grande tempestad de vientos, y aguas, y frio; la cual redundó en mucho daño del triste pueblo. Porque el pontífice Anano entendiendo la traicion de los celotas, mandó cerrar las puertas de la Ciudad. Lo cual indignó tanto mas á los idumeos, cuanto mas trabajo pasaron aquella noche con la tempestad levantada, y con ver que se les cerraban las puertas de la Ciudad, que para ellos, como á hermanos, estaban siempre abiertas. A la media noche las guardas de las puertas se adormecieron; y entonces los celotas (que no dormian) acudieron á las puertas, y con las limas y sierras que sacaron del templo, limaron los cerrojos della sin ser sentidos, porque el ruido de la tempestad fué causa que nada se sintiese. Y desta manera abiertas las puertas, entraron los idumeos, y juntos con los celotas, á manera de perros rabiosos mataban á todos cuantos encontraban. Los gritos, y los llantos, y los gemidos, y las voces desta noche, así de las mujeres como de los hombres, ¿quién los contará, pues el templo, que solia valer á los miserables que á él se acogian, nadaba todo en sangre? De modo que cuando amaneció se hallaron muertas ocho mil y quinientas personas por las calles, y tras desto se siguió el robar y saquear todas las casas. Mas su principal furor era contra el pontífice Anano, que les habia cerrado las puertas de la Ciudad, y contra otros sacerdotes, á los cuales mataron, y mandaron que no se les diese sepultura, sino que quedasen sus cuerpos en las calles para ser comidos de perros; siendo costumbre entre los judíos no negar sepultura ni aun á los que mueren por justicia. La muerte destes tan señalados varones, y particularmente la deste venerable pontífice, dice Josefo que la misma virtud gimió y lloró, viendo cuánto los vicios habian podido contra ella.

Mas con toda esta carnicería no quedaron contentos aquellos corazones crueles; sino pareciéndoles pequeño el estrago de la noche pasada, acudieron otro dia á hacer otro mayor. Porque á toda la gente vulgar y plebeya mataban, y á los nobles encarcelaban, para ver si dilatándoles la muerte, vendrian á juntarse con ellos, y seguir su bando; y no lo queriendo hacer, los mataban, despues de muy cruelmente azotados. Y era tan grande el pavor y miedo que el pueblo habia concebido dellos, que ni gemir ni llorar osaban por sus parientes muertos; porque sintiendo esto los enemigos, hacian de los vivos lo que habian hecho de los muertos. Algunos habia que de noche á escondidas cubrian los cuerpos de los suyos con un poco de tierra, y algunos mas atrevidos lo hacian de dia. Este castigo fué tan grande y tan sangriento, que dél remanecieron doce mil hombres muertos. Desta manera los idumeos, hartos de matar y de robar, se volvieron á su tierra.

§. I.

Prosigue la guerra civil de Hierusalem, y extrañas crueldades entre sus naturales.

Mas éste Juan (de que poco há hecimos mencion), no se contentaba ya con ser uno de los celotas; porque aspiraba á cosas mayores, y queria hacer bando por sí. Para lo cual con artificio y maña juntó consigo cuantos hombres perdidos y malvados halló, con cuyo favor